

El libro cultural más importante del año (quizá incluso de la década)

Reseña: ‘*El ascenso y el triunfo del yo moderno*’, de Carl Trueman

18 NOVIEMBRE, 2020 | ANDREW T. WALKER

Con cada año que pasa, puede parecer que la evolución cultural no hace más que empeorar. La incesante creatividad y producción del libertinaje occidental es una de sus industrias distintivas. Las asinidades "Vive tu verdad" y "Haz lo túyo" garantizan que la investigación crítica sobre los objetivos de la naturaleza humana quede subyugada bajo las jerarquías de las terminaciones nerviosas y los "derechos" atomizados. El rechazo de la autoridad de Dios sobre la creación explica una de las razones de nuestra situación cultural. Pero las realidades culturales están forjadas por un complejo entorno de ideas, personalidades y artefactos que se acumulan en una secuencia genealógica para llevarnos a donde estamos hoy.

El iconoclasta Carl Trueman ha escrito uno de los libros más esperados de 2020. En *The Rise and Triumph of the Modern Self: Cultural Amnesia, Expressive Individualism, and the Road to Sexual Revolution* (*El ascenso y el triunfo del yo moderno: amnesia cultural, individualismo expresivo y el camino hacia la revolución sexual*), Trueman explica cómo las formulaciones modernas de la identidad —el "yo"—han dado lugar a un paradigma de persona que a menudo se convierte en un arma para el triunfo psicológico, sexual y terapéutico. Por lo tanto, cualquier afirmación que amenace el sentido de la autoconcepción, la libertad sexual y las necesidades terapéuticas que uno ha elegido no sólo es impropia, sino posiblemente criminal.

Una historia intelectual repleta

Es difícil destilar 400 páginas de compleja historia intelectual en unos pocos párrafos, pero el título explica la idea general del argumento: los desarrollos intelectuales, estéticos y culturales de la cultura occidental han transfigurado radicalmente, por medio del desencanto secular, la forma en que los hombres y mujeres modernos conciben la identidad humana y la libertad y el florecimiento.

La persona ya no se entiende a sí misma como hecha a imagen y semejanza de Dios, sino como alguien cuya identidad es infinitamente maleable según sus propios deseos y necesidades sentidas. El punto álgido actual es la revolución sexual, cuya antropología vincula la dignidad humana y la condición de persona a la capacidad de vivir libre de cualquier tradición o restricción moral que limite la realización del deseo o la voluntad. Trueman pretende explicar los fundamentos genealógicos del triunfo de la revolución sexual.

En la primera parte, Trueman—profesor de estudios bíblicos y religiosos en el Grove City College de Pensilvania—aborda la obra del sociólogo Philip Rieff (1922-2006), del filósofo Charles Taylor (1931-) y del ético Alasdair MacIntyre (1929-) para explicar el giro hacia el interior que ha tomado la moral dentro de la modernidad, una moral definida por el sentido de la realización terapéutica y la "auténtica" autorrealización.

La segunda parte examina a Rousseau, Nietzsche, Marx y Darwin, quienes, a su manera, hicieron posible la creencia en la persona al margen de los fundamentos teístas. La teleología humana, que ya no se define por su relación con los fines ordenados por Dios y encarnados, se redefine ahora según el materialismo, las diferencias de poder y el sensualismo romántico. La reexpresión artística de las normas sexuales por parte de Percy Bysshe Shelley (1792-1822) y William Blake (1757-1827) condicionó una imaginación moral desvinculada de las normas cristianas, lo que demuestra que la cultura está formada no sólo por ideas sino también por influencias estéticas. Una visión del mundo no es simplemente cognitiva, según Trueman, sino que está cautiva de compromisos precognitivos ordenados por el afecto, el hábito y el deseo.

El papel central de la sexualidad se cristaliza en la tercera parte. Trueman utiliza la obra de Sigmund Freud (1856-1939) para analizar cómo, desde un punto de vista secular, todos los aspectos de la personalidad y la realización humanas son expresiones subliminales y subconscientes del deseo sexual innato. Para Freud, todos los asuntos de la existencia son tratos y compromisos para maximizar la sexualidad interior de cada uno. Desaparece el *homo adorans* ("hombre adorador"); en su lugar está el *homo eroticus* ("hombre sexualizado"). A partir de aquí, Freud incorpora los trabajos de Wilhelm Reich (1897-1957) y Herbert Marcuse (1898-1979). Sintetizados en conjunto, Trueman plantea el trasfondo teórico de la revolución sexual: los deseos libidinosos existen para buscar la máxima expresión, así como para liberarse de la restricción u opresión. De hecho, cuando la restricción o la opresión intervienen, se vive de forma inauténtica y se impide la realización del yo sexualizado.

En la parte 4, el capítulo contemporáneo, Trueman retoma los temas de las tres primeras partes y aplica su análisis a cómo la autonomía humana busca formas cada vez más creativas de transgredir los límites sexuales. Así, el único tabú que persiste hoy en día es la sugerencia de que cualquier prohibición de las preferencias sexuales conserva su legitimidad. De ahí la generalización de la libertad sexual en torno a la pornografía y el desprendimiento de las restricciones antropológicas, encarnadas en el matrimonio entre personas del mismo sexo y la transexualidad. Para Trueman, la iconoclasia sexual no es en absoluto una aberración de origen desconocido, sino que se ha incorporado a la cultura occidental en los últimos 300 años. El Occidente moderno simplemente está dando los frutos amargos de un árbol podrido.

Todas las secciones del libro se basan en los argumentos de las demás, lo que da lugar a una ecología moral en la que "el único criterio moral que puede aplicarse a la conducta es si conduce al sentimiento de bienestar de los individuos afectados. La ética, por tanto, se convierte en una función del sentimiento". El análisis de Trueman aquí es sin duda acertado y explica otras vías intelectuales, como la insistencia de MacIntyre en que el emotivismo es la gramática moral reinante en nuestro *zeitgeist*.

Mis críticas a este volumen son escasas. Trueman no sólo ha escrito el libro cultural del año, si no de la década, sino que ha escrito posiblemente la obra más sofisticada de análisis social protestante desde David Wells (1939-) y quizás Reinhold Niebuhr (1892-1971) antes. Teniendo esto en cuenta, permítanme confesar uno de los puntos débiles del libro: el número de lectores. ¿Fue escrito para los académicos? El público al que va dirigido podría perfeccionarse. Con más de 400 páginas de análisis filosófico y cultural, es un volumen de inmensa importancia; sólo temo que pueda ser ignorado, debido a su complejidad, por quienes deberían leerlo. Esto no quiere decir que esté mal editado o que sea denso. Tampoco es cierto. Hacer lo que Trueman ha hecho requiere el espacio necesario. Pero el editor haría bien en considerar la posibilidad de popularizar el argumento en una versión adicional, más accesible. Los pastores y los laicos necesitan este libro, pero lo necesitan condensado.

Otro punto débil es la relativa falta de sugerencias para combatir la creciente decadencia de la cultura occidental. Por muy importantes que sean, apenas seis páginas de 400 se dedican a salir de las ruinas. Trueman propone tres sugerencias. En primer lugar, los cristianos deben comprender mejor la interacción entre la estética y la formación, tanto dentro como fuera de la iglesia. En este sentido, Trueman insiste en que la legitimidad moral no puede lograrse mediante la emoción o la narrativa, sino por "el ser de Dios y su acto de creación". En segundo lugar, en un mundo en constante cambio en el que la modernidad líquida proporciona fundamentos siempre cambiantes para la identidad, Trueman llama a la iglesia a un mayor sentido de comunidad. Sólo así se podrá contrarrestar el vaciamiento de las instituciones que anclaban más firmemente la identidad humana en el pasado. En tercer lugar—y confieso que es especialmente importante para mí—, Trueman sostiene que los cristianos protestantes necesitan una mayor familiaridad con la ley natural, pero no porque vaya a convencer necesariamente a los escépticos, sino porque proporcionará una base para una teología de la encarnación humana, que contrarrestará los gnosticismos transitorios de la modernidad.

Locura lógica

A veces no hay forma más clara de decirlo: nuestra cultura se ha vuelto loca. Pero aunque su locura es irracional, no es ilógica. Trueman ha mostrado de forma convincente por qué estamos en el lugar que estamos como cultura; el siguiente paso es demostrar no sólo el absurdo moral del progresismo secular, sino también la superioridad moral del cristianismo.

Hasta que no podamos hablar de forma más convincente de la asociación del cristianismo con el capital social y el florecimiento cultural, estaremos a la defensiva. Y puesto que la defensiva sólo funciona durante un tiempo, que nuestro ascenso para salir del nadir moral de la sociedad comience con una alegría e ingenio desafiantes.

En lo que espero no sea una exageración, *The Rise and Triumph of the Modern Self* es el libro más ambicioso que Crossway ha publicado en el género de la crítica cultural. No puedo recomendarlo lo suficiente a académicos, pastores y laicos. Como testimonio de mi recomendación, ahora será una lectura obligatoria en cada curso relevante que imparta.

Andrew T. Walker es profesor asociado de ética cristiana en el Seminario Teológico Bautista del Sur y miembro del Centro de Ética y Política Pública. Es autor del volumen Liberty for All: Defending Everyone's Religious Freedom in a Pluralistic Age (Brazos Press, 2021). Puedes conectar con él en Twitter.